

CAPITULO V.

LA FORMA INTERROGATIVA Ó SOCRÁTICA. (*)

Sócrates, el filósofo ateniense que pasó la mayor parte de su vida enseñando á los ignorantes y confundiendo la arrogancia y presunción de los sofistas, nos ha legado el método, ó mejor dicho, *la forma de la enseñanza*, que aún hoy conserva su nombre.

Verdaderamente, el método de Sócrates comprendía dos procedimientos muy distintos, según el objeto que se proponía el filósofo. Si trataba de fustigar el error y de confundir á sus enemigos, hacía uso de lo que se ha llamado la *ironía socrática*, la que ciertamente no cabe en nuestro método didáctico.

Su segundo procedimiento, que él mismo llamó *maieutica* (arte de partear), le sirvió para hacer que los jóvenes encontrasen por sí mismos las verdades que trataba de enseñarles. Sócrates, partiendo del principio de que el espíritu humano puede descubrir por sí mismo ciertas verdades, con tal de que se sepa dirigirlo y estimularlo, llevó á sus oyentes poco á poco, de una manera casi insensible, por medio de preguntas hábilmente enlazadas, á la convicción de las verdades que quería inculcarles. Haciendo alusión á su madre, que había practicado el oficio de *maia* (partera), él se llamó á sí mismo *partero de los espíritus*, porque su arte

(*) Este capítulo fué dictado por el Maestro á nuestros compañeros, los alumnos de la Escuela Normal de México. Tiene alguna diferencia en la *forma* con los artículos: "La forma interrogativa ó socrática," publicados en el "México Intelectual," tomo VII, págs. 213, 242 y 257.—A. C.

consistió en "hacer salir del espíritu de otro las verdades que en él están ocultas."

Se comprende que el manejo de este método, aplicado á problemas de alta trascendencia—psicológicos, morales y religiosos—requirió toda la competencia de un verdadero *maestro*, como Sócrates lo era.

La Pedagogía moderna aplica el mismo método á la enseñanza de los *conocimientos elementales*, y lo pone á la altura de inteligencias menos privilegiadas que la del filósofo ateniense. Eso no obstante, su empleo conveniente requiere estudios detenidos y bastante práctica. En la mano del maestro *competente*, *la forma ó el método socrático* es una palanca poderosísima para vencer la resistencia del niño á los estudios, para poner en actividad todas sus facultades intelectuales y capacitarle á *aprender por sí mismo*, ideal que tuvo Pestalozzi del verdadero objeto de la Escuela Primaria.

No es el exclusivo mérito de la escuela moderna haberle dado á la forma interrogativa toda la importancia que merece. Ya en los siglos pasados se comprendió esta importancia, y para facilitar el uso de esta forma se escribieron gruesos volúmenes sobre "el arte de preguntar." Desgraciadamente no contó la escuela antigua con muchos maestros capaces de interpretar debidamente el método del filósofo griego y de *hacer preguntas adecuadas*. Se pensó entonces en facilitarles el trabajo, escribiéndose *textos en forma de preguntas y respuestas*. A esto deben, pues, su origen los llamados *catecismos*, que se usan aún hoy entre nosotros, no sólo para la enseñanza religiosa, sino también para la de la Historia, Geografía, Instrucción Cívica, etc.

Los maestros perezosos é ignorantes prefieren esta clase de textos, porque les ahorran el trabajo de estudiar ellos mismos la asignatura respectiva y les evitan

la molestia de tener que reflexionar sobre el orden y la forma que deben dar á su enseñanza, para que los niños puedan digerirla y asimilársela.

Los maestros estudiosos é instruídos, por el contrario, detestan esta clase de textos, que esclavizan su espíritu, mecanizan la enseñanza y matan toda espontaneidad en los niños.

La Pedagogía moderna ha condenado para siempre el uso de los textos en forma catequística, y por lo mismo, impone al maestro un estudio especial, que ahora emprenderemos, acerca del arte de preguntar.

Al efecto, debemos examinar las preguntas según su *fondo y forma*, hacer notar los *vicios* más comunes que suelen cometerse al formularlas y estudiar su enlace orgánico y su distribución entre los alumnos. Deben extenderse también nuestras investigaciones á las *respuestas*, ya *individuales ó en coro*, y no debemos olvidar por fin el trascendental papel que ejerce en toda la enseñanza, y particularmente en el uso de la forma interrogativa, la *personalidad del maestro*.

I.—LAS PREGUNTAS.

Comunmente, las preguntas que dirigimos á otras personas llevan el objeto de indagar alguna cosa que ignoramos.

Pero el maestro que dirige en clase preguntas á sus discípulos persigue, por regla general, otros fines distintos: O bien quiere cerciorarse si los niños han aprendido y saben ciertas cosas que les enseñó, y á esta manera de preguntar la llamaremos *preguntar examinando*. O bien se propone, mediante su pregunta, dirigir la atención de sus discípulos hacia determinado asunto, despertar su curiosidad científica, estimularlos á la

reflexión, con el fin de que *descubran* por sí mismos la verdad que trata de inculcarles. Este segundo modo de preguntar lo llamaremos *preguntar catequizando ó socratizando*.

En el primer caso, el maestro se dirige casi exclusivamente á la *memoria* del alumno, obligándola á que reproduzca ciertos conocimientos anteriormente adquiridos. Con este procedimiento se afirman más dichos conocimientos y se atiende, por lo tanto, al *fin material ó instructivo* de la enseñanza.

Al *catequizar* el maestro, se dirige también á las demás facultades intelectuales, al *juicio y raciocinio* sobre todo, y al imponerles un ejercicio adecuado, las ejercita y perfecciona, respondiendo, por consiguiente, en este modo de preguntar al *fin formal* de la enseñanza.

En uno y otro caso, las preguntas, para que llenen debidamente estos dos fines, deben reunir las siguientes condiciones:

1ª Su *contenido ó fondo* deben estar al alcance intelectual de los niños, quiere decir, debe guardar una relación conveniente con el estado de desenvolvimiento de sus facultades mentales y el grado de su cultura positiva (instrucción).

2ª Su *forma* debe ser *concisa, precisa, comprensible y correcta*.

3ª A estas dos condiciones se agrega, para las preguntas socráticas solamente, la del *enlace lógico* que deben guardar dichas preguntas entre sí.

Estudiaremos separadamente á cada uno de estos puntos.

A.—El contenido ó fondo de las preguntas.

Ideológicamente hablando, toda pregunta es una proposición incompleta, pues para que exprese senti-

do perfecto, necesita que se le agregue como complemento indispensable la *respuesta* correspondiente. Sólo en conjunto, la pregunta y la contestación forman un todo ideológico. Ahora bien, la primera parte de ese todo, la da el maestro; la segunda, la debe encontrar el alumno, y esto no *jugando ó adivinando*, sino mediante un verdadero *esfuerzo mental*, que implique el ejercicio conveniente ya de la memoria, ya de las demás facultades intelectuales. De ahí se desprenden desde luego dos condiciones respecto del contenido de las preguntas: Estas no deben ser ni demasiado *difíciles*, ni demasiado *fáciles*.

Llamaremos *demasiado difíciles* aquellas preguntas que sobrepasan el nivel intelectual ó la cultura positiva del niño.

Pecaban por este defecto las preguntas con que solían principiar los *textos* escritos en forma catequística, y que pedían definiciones de lo que es *Aritmética*, lo que es *ciencia*, lo que es *análisis*, etc.

Para que la definición sea provechosa para el niño, no basta que se le dé el texto y que la aprenda de *memoria*. Esto no tiene ningún valor educativo; es preciso, por el contrario, que la encuentre el mismo alumno después de haber ejecutado las operaciones mentales que el caso requiere. Bien se comprende, por lo tanto, que definiciones por el estilo de las que acabamos de mencionar son *demasiado difíciles* para la escuela elemental. Preguntas de esta naturaleza no las podrá contestar nunca el niño por sí mismo, y ellas implican, por consiguiente, no sólo *pérdida de tiempo*, sino que pueden producir en la conciencia del niño un estado de *desanimación* que le quita el valor para emprender nuevas luchas intelectuales.

Igual pérdida de tiempo resulta cuando las pregun-

tas son *demasiado fáciles*. Merecerán este calificativo las que no demandan para su contestación ni el más ligero esfuerzo, ya sea de la memoria, de la imaginación, del juicio ó del raciocinio. Precisamente en esto estriba el valor educativo de la forma eurística, en que *educa* las facultades mentales, mediante el *ejercicio* adecuado que les impone. Toda pregunta que no excite la actividad mental, es inútil.

A este género pertenecen las llamadas preguntas *disyuntivas*, es decir, aquellas que encierran dos contestaciones opuestas y dejan al alumno la elección entre ambas, v. gr.: ¿El tigre es carnívoro ó herbívoro?..... Esta clase de preguntas fomenta la costumbre viciosa de *adivinar* las respuestas. Muchos alumnos, en vez de meditar, confían en su buena suerte, engañan á su maestro y aun llegan á engañarse á sí mismos y á figurarse que realmente saben. Tales preguntas ofrecen, pues, el peligro de cultivar la *superficialidad* y la *pereza intelectual*, y deben evitarse. Otro tanto puede decirse de las llamadas preguntas *afirmativas y negativas*, ó sean aquellas que demandan por toda contestación las simples partículas sí ó nó, v. gr.: ¿Jalapa es la capital del Estado de Veracruz?..... Esta es una pregunta dirigida á la *memoria*, y debe formularse como sigue:

¿Cuál es la capital del Estado de Veracruz?..... A lo que contestará el niño que sabe: La capital..... es Jalapa. Pero con la primera forma de la pregunta, el niño contestará que sí, y no se desprende de esa contestación si realmente *sabe* la cuestión ó si simplemente *adivinó*.

Naturalmente puede haber casos en que ambas clases de preguntas no constituyen un vicio, sobre todo cuando se hacen con el objeto de dar pie á explicaciones ó preguntas ulteriores, v. gr.:

M. ¿La mariposa vuela?

A. Sí, señor.

M. ¿Luego es una ave?

A. No, señor.

M. ¿Y por qué dice usted que no es ave la mariposa?

A. Lo que caracteriza á las aves, no es sólo la facultad de volar, puesto que la poseen también otros animales, como v. gr., muchos insectos, y que hay aves que no vuelan, como v. gr.: el avestruz. Lo que caracteriza á las aves, es.....

Dos condiciones más agregaremos con respecto al fondo de las preguntas: Estas deben siempre *ir al grano*, es decir, referirse al objeto final de la clase, evitándose por consiguiente *divagaciones*. Y deben ser también *variadas* en el sentido de que en cada lección deben presentarse unas preguntas dirigidas á la *memoria*, otras á la *imaginación*, al *juicio* y *raciocinio*, y á la *abstracción*.

B.—La forma de las preguntas.

En cuanto á su *forma*, las preguntas deben ser *claras* y reunir al efecto las siguientes cuatro condiciones:

1ª Que sean *concisas*, quiere decir, que no contengan más que los términos absolutamente necesarios para que los niños comprendan de lo que se trata. La concisión consiste en que se excluya toda palabrería inútil que pueda confundir á los niños. No se trata de que el maestro se *luzca* con un lenguaje florido y elegante; al contrario, su lenguaje debe ser sobrio. Una pregunta concisa se comprende mejor, y se retiene más fácilmente.

2ª Que sean *precisas*, quiere decir, que contengan todas las circunstancias y particularidades indispensables para que esté bien determinado su verdadero sen-

tido. Una pregunta *precisa* admite *una sola* contestación. Una pregunta vaga ó ambigua admite varias respuestas.

3ª Que sean *comprensibles*. Los niños deben conocer perfectamente el valor ideológico de cada uno de los vocablos usados por el maestro en su pregunta, y éste debe abstenerse de emplear un lenguaje demasiado elevado, ó de usar *términos técnicos* desconocidos para los niños.

4ª Que sean *correctas*, es decir, que no pequen contra las reglas gramaticales.

C.—El tono de las preguntas.

Las preguntas deben hacerse en tono interrogativo, acentuándose su término principal. La pregunta es una invitación hecha al alumno para que reflexione, y como toda invitación, debe hacerse en tono amable y no áspero. Mientras más pequeños sean los niños, más familiar será el *tono*.

Importa que el maestro deje á sus discípulos el tiempo necesario para la meditación y no hay que exigirles que contesten *en el acto*, como algunos maestros suelen hacerlo.

El mecanismo intelectual no funciona con la misma rapidez en todos los niños, y querer activar ese mecanismo por medios violentos, sería contraproducente. Los maestros impacientes que reprenden con acritud al niño que tarda en contestar, los que levantan desmesuradamente la voz ó la emprenden á reglazos en su pupitre, sólo desvían la *atención* de sus discípulos, los intimidan y desaniman. Y el maestro que en presencia de una contestación errónea, esgrime la burla, sólo se enajena la buena voluntad de sus alumnos y hace que se obstinen á no contestar en lo futuro.